

Ángel Ganivet y la Generación del 98 (Crónica personal de unas jornadas)

Almuñécar, en medio de un campo escarpado y rutilante, entre risqueras cortadas a arista y barrancos rojizos cubiertos de chumberas, nos recibe acogedora. Allí, el *Centro Mediterráneo de la Universidad de Granada* evoca la efemérides del 98 con un magnífico *Curso en torno a «Ganivet y la Generación del 98»*, celebrado del 22 al 26 de septiembre de 1997, y organizado y coordinado por los profesores Pedro Cerezo Galán y Juan Fco. García Casanova, catedráticos de Filosofía de la Universidad de Granada. Profesores y estudiantes de todos los puntos de España, especialmente andaluces, participan en este sugerido encuentro.

Almuñécar, la antigua sexi fenicia, es en otoño un caserío blanco encaramándose hacia lo alto de la colina a través de sus calles blancas y perfumadas, en donde nos podemos encontrar la plaza de Damasco con todo el sabor árabe en sus encalados y pasadizos, o el Pilar de la calle Real con un frontal marmóreo del siglo XVI dedicada a una diosa de la fertilidad...

Almuñécar es su inmensa bahía como un abrazo de olas, piélago semioscuro de misterio y reflejos, dormida al atardecer tropical, contemplada desde el cerro del Santo con los ojos semicerrados por la emoción y el silencio. Es su acueducto romano que discurre por un paisaje de belleza inaudita entre bosques de aguacates, chirimoyas y palmeras,

y que en otros tiempos acarreaaba agua para el consumo ciudadano y para la factoria de salazón de pescado y «garum» romanos.

Almuñecar, cuando el otoño ya ha llamado a las puertas del mar, es su luz aterciopelada y cálida, sus tiendecitas y zocos, su vegetación variada y sensual con plantas de todos los continentes creciendo desbordante en un parque abigarrado y bien cuidado bajo su desdentada y gigantesca muralla.

Almuñecar, cuando el verano, por fin, ha sido vencido por los primeros vaivenes caprichosos del otoño, es la necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy, exponente riquísimo de toda aquella antigua población de origen semita que habitó estos lares: Hipogeos, tumbas, ajuares funerarios, adornos, ánforas... suponen un extraordinaria expresión de cómo vivían y morían aquellas gentes.

Para gozar de Almuñecar hay que perderse sin rumbo por sus callejas y rincones repletos de tiendas y tenderetes, visitar las Cuevas de Siete Palacios, sus dos columbarios romanos, el palacete de la Najarra de clara tradición árabe y dotado de unos jardines monumentales con una sinfonia de cipreses embriagadora...

Al subir por la mañana a las sesiones del Curso, que se celebraban en las modernas instalaciones de la Casa Cultural Municipal, indefectiblemente llegabamos, ascendiendo a través del temblor del día apenas estrenado en las macetas de los geranios recién regados, a la iglesia parroquial de la Encarnación, que se levanta con su planta de cruz latina junto a la citada Casa Cultural.

Obra representativa del arte granadino, tanto por la cronología de su construcción, como por su decoración exterior, representa la primera iglesia de Granada que se edifica en estilo protobarroco, con un cierto sabor herreriano, sobre todo en su torre, elegante y robusta que presenta una mezcla interesante de diversos elementos, con dos cuerpos mazizos rectangulares, rematados por otro cuerpo cilíndrico sobre el que se apoya la cúpula apuntada, decorada con azulejos vidriados, y rematada por una airosa cruz de hierro.

La fábrica del templo es soberbia y se levanta solemne sobre el albo caserío, serpenteante y bellissimo. En su espléndida y amplísima

fachada, dividida en tres cuerpos por finísimas molduras, aparece, arriba, una inscripción con el año 1600, y a la derecha, un gran reloj de sol que nos anuncia, precisamente, que nos debemos apresurar porque ya es la hora justa en que comienzan las ponencias y el trabajo... Y allí vamos.

¡Generación del 98! Hombres que soñaron una España distinta, una España ideal, una España desarrollada y armónica entre sus valores espirituales y su desarrollo material, entre su bagaje cultural y su progreso técnico. Lo había dicho Nietzsche: «Los españoles son un pueblo que ha soñado demasiado», y eso está bien. Pero esa España no supo entonces lograr un modo de convivencia pacífico que aglutinase los distintos registros que presentaba el mundo moderno, y hoy, a las puertas de un nuevo milenio, sigue poco más o menos, con una democracia conquistada pero que hay que vertebrar y fundamentar definitivamente en diálogo abierto y generoso, sin prepotencias ni egoismos, entre todos los que vivimos en esta tierra.

Nuestra historia ha sido en muchas ocasiones traumática, y debemos buscar, como hicieron los hombres del 98, un *ideal sinfónico, de integración, de mano tendida, de historia común que sepa respetar el bello sonido de la melodía general, elaborada a través de muchos siglos de convivencia y creación*, pero que también esté dispuesta a escuchar con amor los diversos instrumentos, ritmos, lenguas y canciones que, en el concierto de los pueblos, llegan de todas las latitudes de esta magnífica «nación de naciones» que es España, sin la cual, Europa (otra empresa por construir, por encima de Maastrich y de sus mercaderes y banqueros) no tiene futuro.

Empiezan las sesiones. En la conferencia inaugural el Prof. Pedro Cerezo Galán, con su habitual precisión lingüística y profundidad conceptual, nos habla de *La crisis intelectual y política del 98* afirmando que no se puede entender a los hombres del 98 si los *descontextualizamos* de lo que entonces pasaba en Europa (Tolstoi, Nietzsche...). Aquello fue una «crisis finisecular» que conmocionó al mundo entero y que en España tuvo un reflejo especial, un carácter peculiar marcado por la caída de las Colonias. *Fue, pues, una doble crisis, política e intelectual, autóctona y europea.*

No parece que podamos admitir, pues, que sólo se trató de una reacción ante la pérdida de las Colonias españolas, una reacción exasperada, autóctona y crítica al sistema de ideas de la Restauración canovista, intentando renovar la vieja España y proponer otra nueva e innovadora. *Esto, con ser verdad, es insuficiente*, remacha el Prof. Cerezo. Este planteamiento no diferiría en nada de la denuncia regeneracionista, y, por otra parte, se crearía un abismo (inexistente) entre el modernismo, como simple movimiento estético, y la generación del 98, como movimiento ético.

Azorín se apropia de un nombre (generación de 98) que inventó Ortega y en el que ni Unamuno ni Pío Baroja se reconocían. Ortega no se enfadó porque que, en definitiva, quería «la unión de viejos y jóvenes en función de una nueva España». El nombre está aceptado y parece que no haya que pleitear más sobre el asunto. Tienen todos estos autores un «cierto aire familiar, un peculiar perfil generacional».

Si tuvieramos que destacar, afirma Cerezo, algunas de sus características más acusadas, deberíamos hablar de su *pesimismo vital, su inquietud por algo misterioso y utópico, su egotismo, la búsqueda constante de la identidad al tiempo que intentan escapar de un mundo sórdido y desahuciado...* Agudiza el 98 una conciencia que venía de antes, pero que ahora se incrementa. Es una *fecha catalizadora* en la que se integran diversos factores intelectuales, éticos, políticos...

Azorín se había referido más bien a la crisis autóctona, mientras que Pío Baroja había captado la crisis europea a través de un más claro individualismo, una honda preocupación ética, un desprecio por la política, un acusado matiz de hamletismo (conciencia trágica), un anarquismo anticonvencionalista, un evidente misticismo... No hay que olvidar que precisamente en el año 1898 se suicida Ganivet, símbolo de la angustia, del aburrimiento, del hastío, de la crisis de la conciencia española y del nihilismo general.

Por lo que respecta a LA 1.^a CRISIS, LA ESPAÑOLA, el Prof. Cerezo recuerda que en esos momentos está feneciendo la conciencia española de la España tradicional, la de la monarquía católica. La guerra se daba por perdida, y nos dice Unamuno que «sentía el pueblo español indignación por sus hombres muertos». Hay una reacción social casi

unánime, e intelectuales como Unamuno, Baroja, Maeztu, Azorín... critican el dogmatismo católico, el ordenancismo político, la militarización del poder, la insensibilidad social...

Más que una crítica a un aspecto u otro de la realidad nacional, se lleva a cabo *una crítica radical, omnímoda*, a toda la España moderna, a toda su trayectoria desde los Austrias. España aparece como *problema total*. El problema, decía Maeztu, es *no haberse planteado nunca ese problema*. Hay que buscar, fuera de la tradición castiza, *las verdaderas señas de identidad de España*, lejos por igual del tradicionalismo y del progresismo.

Estos hombres del 98 tienen que hacer su camino entre el regeneracionismo y el marxismo y, a veces, tienen que usar lenguajes de una y otra línea. Para el Prof. Cerezo *hay diferencias netas entre el regeneracionismo y el 98*. Distingue entre el regeneracionismo diluido de Mallada, el regeneracionismo educativo de Giner y el regeneracionismo costista, que pretende «modernizar España». Evidentemente, el *Idearium español*, de Ganivet, y *En torno al casticismo*, están más cerca del regeneracionismo educativo de Giner, pero, aún así, hay diferencias, mantiene Cerezo.

Según el doctor Cerezo, los hombres del 98 tienen una *filosofía de la historia*, una concepción global tardo-romántica, basada en principios metafísicos (Ganivet: «Espíritu territorial»; Unamuno: «Intrahistoria»). Por otra parte, más allá de cualquier presupuesto programático del regeneracionismo, los hombres del 98 *no se uoienen a ningún programa, a ninguna revolución «desde arriba»*. Finalmente, afirma, *el lenguaje del 98 es cripto-religioso*: «En el interior de España está la verdad», dirá Ganivet. O lo que es lo mismo, «la verdad está en una España interior», con claras reminiscencias socráticas y agustinianas.

Unamuno nos dirá que es *la tradición eterna*, no los fósiles de los tradicionalistas, la que debe perdurar en el caudal universal de la humanidad. Ganivet, por su parte, habla de *la tradición antigua y profunda*, la de Séneca, la del siglo xv..., no de la tradición inmediata y superficial. Es, por emplear las palabras de Laín Entralgo, la «España máxima», no la «España mínima» (a punto de desaparecer), aquella que hay que inventar no desde la nada, sino desde la tradición más honda.

Hemos de decir, no obstante, como un inciso dentro de la síntesis de la conferencia del Prof. Cerezo, y así se lo hicimos notar a él en el diálogo posterior que se abrió con el público, que nosotros creemos que *la postura de Giner está profundamente conexionada con el espíritu de los noventayochistas*, porque hay en él una verdadera concepción global y filosófica de la historia, en este caso krausista-idealista; porque no busca ninguna revolución impuesta «desde arriba», ajustada a un programa previo, sino basada en la *revolución interior*, aquella que intenta forjar hombres y mujeres de una sola pieza que sepan gobernar con sustantividad su propia vida; porque, finalmente, también en Giner y en los hombres de la Institución Libre de Enseñanza hay un lenguaje literario, utópico, casi místico que habla constantemente de un ideal que hay que conseguir, si queremos construir entre todos una nueva España dentro del ámbito de los pueblos de Europa.

Por lo que hace referencia a la 2.^a CRISIS, LA FINISECULAR, el Prof. Cerezo la ve como un *estremecimiento espiritual más que político*, en el que esta crisis presenta su carácter más dramático y nihilista. Ella determina el perfil del 98. El hombre aspira a esculpir su propia alma (Ganivet), y tanto Azorín (*La voluntad*), como Pío Baroja (*Camino de perfección*), Maeztu (*Crisis del humanismo*), Unamuno («Pocos ocasos más tristes que el del final del siglo»), y, en general, todos los espíritus del 98 sienten fatiga y tristeza ante la debacle espiritual e intelectual finisecular.

Sentían en su espíritu el desengaño de la ciencia, porque habían comprendido que ésta, aunque se hubiese hipertrofiado su valor, tenía unos límites opresores: *Los de no poder dar razón de la existencia humana, de la vida*. Se crea un ambiente angustioso de dolor y desengaño, de pesimismo y escepticismo vital, de malestar de la cultura (Freud), de desencantamiento del mundo (Weber), de impotencia ante el sucio mundo de la democracia burgués... *En estas circunstancias, nada se puede hacer, si no es luchar por la utopía*. Ganivet fue el primero en ser devorado por la esfinge al no poder solucionar el enigma, pero todos sufrieron parecidas convulsiones.

EL YO HETEROLÓGICO, con diversas caras, ha quedado roto, desquiciado, pero hay que buscar entre todos «aquel fondo insobornable» de Baroja, aquello que es su centro, aquello que está por deba-

jo de la religión, de la moral, de la democracia: El YO CREADOR de la crítica, *aquel que trata de explorar nuevas posibilidades, que intenta recontrar una realidad que había quedado maltrecha y muerta.*

Concluye Pedro Cerezo afirmando que la revolución de la generación del 98 fue, sobre todo, *cultural*, empleando esta palabra en sentido muy amplio, y que todas sus respuestas fueron *generales*, pero, también, *personales* con distintas vertientes, matices e improntas. Nuestros hombres del 98 amplificaron los márgenes de la crisis, porque unieron a la específicamente española la crisis europea. El triunfo de los hombres del 98 supuso un retraso de hombres de espíritu más regeneracionista, como fue el caso de Ortega. Lo que es seguro es que la España de hoy sería impensable sin la sensibilidad y las actitudes de los hombres del 98, que, en palabras unamunianas, buscaron incansablemente «la «España ideal, la España celestial»...

El Prof. Antonio Gallego Morell, de la Universidad de Granada, tituló su conferencia: *Ganivet no precursor sino 98 íntegro*. En todos los escritos del intelectual y diplomático granadino aparecen las características que definen a los hombres de la generación del 98, la cual, manifiesta Gallego, hubiese existido igual sin la pérdida de las Colonias.

Escribe Ganivet en los periódicos con un gran sentido literario y filosófico («lo mejor son sus cartas, sus *Epistolarios*»), siente curiosidad por Europa, por su literatura, por su filosofía (es el primero, indica el Prof. Gallego, que «tiene experiencia de Europa», en donde es un buen embajador), siente (como Giner) un gran amor por la naturaleza y por el arte popular, le interesan los clásicos especialmente la novela cervantina...

Crítica Ganivet «a una España que fue, y a una España que va a ser», ataca las diversas formas de convencionalismos asfixiantes que, luego, van a influir en su decisión final de suicidio: «Le asfixia su familia, sus «amantes», Granada, España». Su filosofía de la Historia está no sólo en su gran obra *Idearium español*, sino en todas su producción, en la que late el permanente escepticismo de los hombres del 98.

El Prof. Nelson Orringer, de la Universidad de Connecticut (USA), habló, en dos sesiones diferentes, con un gran rigor y precisión, de *Ganivet y sus diálogos intelectuales*. Expone Orringer los pro-

blemas que existen en relación a las fechas del nacimiento y de la muerte de Ganivet. ¿Es anterior, precursor, miembro, componente diferenciado de los hombres de la Generación del 98? Lo que sí es cierto, afirma Orringer, es que, como tónica general, presenta en todas sus obras una «*postura dialoguista*», un tono «tornasolado», una «profundidad guasona». Sus *epílogos* pueden servir de *prólogos* y representan una ingeniosa creación apologético-satírica contra el materialismo político de la Restauración.

Uno de estos epílogos-prólogos: «Hípope y Cínope», fue leído y comentado por el ilustre hispanista norteamericano. Aparecen dos personajes: *Hípope*, dotado de una voz de caballo, que mira siempre hacia lo alto, idealista, heroico, soñador..., y *Cínope*, el de voz de perro, cínico, primitivo, mediocre... Hablan entre sí, y son el símbolo de las dos tendencias humanas, y, por supuesto, españolas, polos opuestos de la permanente dialéctica ganivetiana: la idealista o utópica, por un lado, y la anti-heroica y alicorta, por otro.

Ganivet se sirve de estos personajes para ironizar sobre su situación de escritor desconocido, sobre el desprecio en España al pensamiento y al intelecto, sobre la mostrenca incultura-ambiente nacional, sobre la original tesis de las «ideas picudas» (las que «pinchan y hacen andar y correr») y las «ideas redondas» («penetran en el cerebro y se remueven en él como la rueda de un molino..., de donde el hombre saca harina, y de la harina, el pan»).

Expone, luego, el Prof. Orringer el concepto de «*idea madre*» en Ganivet, y habla de la «*idea madre*» del senequismo, del cristianismo español, del espíritu territorial, y, por fin, diserta sobre la abulia española. Las «*ideas madres*» son «brújulas», fuerza propia e interna, ideas flexibles (fusión de las ideas nacionales y extranjeras) que dan seguridad a la inteligencia, que evitan el escepticismo estéril y que pertenecen a la esencia del país. Tal vez la clave y el fundamento de estas «*ideas madre*» está en Platón, con el Mito de la Caverna: Las ideas empiezan por una inspiración divina, que va perdiendo su fulgor (Hípope es cegado por Cínope) al enterrarse en la materia.

La «*idea madre*» del *senequismo español* significa *autarquía*, *dominio de uno mismo*, fuerza motriz y educadora alrededor de la cual

giran todos los acontecimientos vitales, síntesis del pensamiento europeo y español para que éste viva y se desarrolle de acuerdo con su destino más auténtico.

La «idea madre» del *cristianismo español* está impregnada de misticismo y fanatismo, apareciendo siempre en una tensión dialéctica entre la perfección y la materia (otra vez Hípope y Cínope). El misticismo viene del pueblo y es fruto del choque entre árabes y cristianos. Siempre que los indoeuropeos se ponen en contacto con los árabes hay progreso histórico.

Señala Orringer a continuación, hablando del «*espacio territorial*» como otra «idea-madre» de Ganivet, que la *tierra* es lo único perenne y permanente. El escritor granadino anhela la estabilidad de la tierra, no el cambio. *En la tierra está la clave, y es Castilla la que mejor ha logrado ese equilibrio entre su ser y su paisaje.* El habitat (suelo, paisaje, paisaje...) es el principal factor definitorio de una nación. Distingue tres paisajes: el *insular*, imperialista, agresivo, bélico...; el *peninsular*: ansioso de su independencia y de su dignidad; el *continental*, defensivo, de resistencia. *España es un país peninsular*, por lo tanto esencialmente *independiente*, y esto desde los Reyes Católicos. Carlos V la convirtió en un país continental, desviándola así de su esencia territorial y peninsular. También en este tema se da la tensión dialéctica entre Hípope (lo que debemos ser) y Cínope (lo que somos).

Finalmente el Prof. Nelson Orringer aborda el tema de la *abulia española* caracterizando este estado de ánimo típicamente español como «la incapacidad que tiene una nación de captar en su totalidad la misión que debe cumplir en la historia». Unamuno también lo vio y lo trató. La «abulia» significa la atrofia de la voluntad para la captación y el seguimiento de ideas nuevas y renovadoras. Ganivet encuentra a España distraída, impasible, abúlica ante las conquistas científicas de su época que Europa sí estaba captando. Un pueblo para ser libre, autónomo e impulsador de su propio camino no debe apoyarse ni en la Iglesia, ni en el rey, ni en ninguna otra autoridad, sino solamente en el dinamismo de su propio ser.

A continuación, el Prof. Antonio García Trigueros, de la Universidad de Granada, habla de «*Ángel Ganivet: Entre la tradición y la*

modernidad», dándole a su intervención un sesgo sociológico. Ganivet pertenece a la «ideología espontánea de la calle» (*Granada la Bella*), es un autor importante en su tiempo, y conserva hoy día un alto interés (nuevas ediciones de sus libros). Es un autor polifónico, porque da cabida a muchas voces de su época. Su figura de intelectual habría que insertarla dentro de la filosofía pequeño-burguesa, clase-puente entre la gran burguesía y el proletariado, por lo que su actitud ante los problemas sociales es la misma que la del resto de los hombres del 98 y los modernistas.

Podríamos decir, sostiene el Prof. García Trigueros, que Ganivet emplea *un nuevo lenguaje*, lejos por igual del lenguaje burgués, ampuloso, deslumbrante, vacío, acomodaticio a las circunstancias, que del lenguaje rápido, realista, duro, transparente, que llega fácilmente a las masas: Emplea Ganivet el idioma usado por los del 98 y los modernistas, la lengua honda, profunda, que llega al interior de las cosas. Buscan todos estos intelectuales «lo elevado» y «lo heroico», el terreno del espíritu, de la belleza absoluta, por debajo de los conceptos políticos de clase y partido. Hay que llegar a un «lenguaje musical», de tal forma que el espíritu supere al materialismo pragmático y lo impregne de utopía.

El poeta se presenta como «intelectual puro» que cataliza al pueblo, sugiriéndole a éste metas nobles, altos ideales. Ganivet desprecia las masas, que arrasan, que luchan ciegamente o son gregarios conformistas, pero está con *el espíritu del pueblo*, que hay que buscar, sacar a la luz, proyectar hacia el futuro. El pueblo necesita de esa «minoría intelectual» que le va a descubrir su verdadera identidad, su verdadera conciencia. Ganivet busca el «alma española» cuyas notas distintivas son, entre otras, el senequismo, la reconstrucción de la historia interior..., dejándose de modelos europeos y concentrándose en sí misma y buscando un «socialismo nacional», un «socialismo municipal», un «socialismo comunal».

Crítica Ganivet la sociedad liberal de partidos, y añora el modelo de sociedad artesanal defendiendo lo que podemos llamar un «romanticismo de la ciudad antigua, medieval, renacentista, monumental», en una especie de «utopía regresiva» y contradictoria [la

conducción del agua acabará con la figura del aguador, y la luz eléctrica acabará con la familia (¡). Recuerda Ganivet a ciertos *movimientos populistas* que se presentaron como *socialistas revolucionarios*, cuyo arquetipo es el viejo modelo de la vieja comuna, del viejo municipio. El obrero así llegaría al *auténtico socialismo municipal* sin tener que pasar por la burguesía el modelo es la vieja.

En definitiva, el Hombre y la Sociedad aparecen escindidos dialécticamente en Ganivet, en el que hay siempre chispazos de contradicción y polifonismo no siempre armónico. Hay un texto desconocido que podría resumir lo que decimos y que reza así: «El hombre soy yo o el hombre de las dos caras».

El Prof. Juan Fco. García Casanova aborda en su conferencia los *Temas del Idearium Español*, que podríamos resumir así: El estoicismo senequista («permanece fiel a tu propio interior, permanece indestructible aunque de fuera te presionen») es la filosofía primordial española: Este senequismo prepara con sus doctrinas «justas, nobles y humanas» el cristianismo. En el estado católico la religión no desarrolla una energía especial: Se transforma en una suerte de escolasticismo común a otros países. La invasión árabe proporciona al cristianismo un desahogo por medio de la acción. La poesía bélico-popular se inspira en la lucha contra el Islam. Las dos más grandes tendencias del espíritu religioso español son el misticismo (Teresa de Jesús), y el fanatismo (Autos de Fe).

Habla, a continuación, el Prof. García Casanova del «espíritu territorial» como núcleo sobre el que se apoyan los fenómenos interiores y exteriores de un país. La *autoconservación* es el fundamento de ese «espíritu territorial» español, que, como sabemos, es *peninsular*, por lo tanto independiente y libre. ¿Cómo explicar la agresividad española? Durante la Reconquista, en Castilla el espíritu de independencia se transforma en agresividad, y eso significa una desviación del ser verdadero de España.

El espíritu guerrero, espontáneo, humano, «contra la organización» es propiamente español (Viriato, El Cid, El Gran Capitán...), no así el espíritu militar, organizado, legalizado, politizado. En España las leyes se interpretan desde el Ideal para romper el sistema escrito

de leyes positivas que han sido impuestas: «Por ello, el rigor y el perdón van siempre juntos». El espíritu español es religioso y artístico, individual: Las obras de los grandes artistas son únicas, sin escuela.

Hay que buscar nuestra regeneración espiritual. España, como Segismundo, estaba secuestrada. Separada de la mazmorra se lanzó a una fantástica vida de acción. Ahora ha despertado, de nuevo, en su mazmorra y se encuentra en la pobreza y en la miseria sin saber qué hacer. Hay que desarrollar nuestros recursos intelectuales capaces de converger juntos y de guiar a los pueblos hispanoamericanos. Pero, en esas circunstancias tan duras, España está padeciendo *abulia*, falta de voluntad para seguir adelante; miramos sólo al pasado y no sabemos construir ideas, hacer síntesis fructíferas, serenas reflexiones que después nos capaciten para la acción.

Para conseguir esa regeneración España necesita «ser restaurada espiritualmente», ser educada, pero el sistema actual es memorístico y no íntimo ni personal. Las ideas diferentes y conflictivas deben ser estudiadas en vez de convertirlas directamente en armas arrojadas. Nuestro guía es D. Quijote, en su ausencia de necesidades materiales y en su ilimitado horizonte de sueños: Si lo seguimos, conseguiremos nuestro gran triunfo espiritual.

El Prof. José Carlos Mainer, de la Universidad de Zaragoza, plantea el tema del *nuevo significado del 98 a la luz de una nueva bibliografía* que va abriendo nuevas perspectivas a los perfiles ya conocidos. No podemos aquí sino citar brevísimamente algunas de las obras propuestas por el Dr. Mainer. Por otra parte, el asunto está vivo y constantemente están apareciendo nuevos libros que renuevan los enfoques.

Obras como las de Ricardo Gullón, *La invención del 98 y otros ensayos* (1969) y *El modernismo visto por los modernistas* (1980); de Saúl Yurkievich, *Celebración del modernismo* (1976); de Ivan L. Schulmann, *Nuevos asedios al modernismo* (1987); de Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional* (1988); de José Carlos Mainer, *La edad de plata (1902-1939)* (1987) y *La doma de la quimera* (1988); de Hans Hinterhäuser, *Fin de siglo, Figuras y mitos* (1980); de Rafael Gutiérrez Guirardot, *El Modernismo* (1983); de Richard Cardewll y Bernard McGuirk, *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta. Nuevas lecturas* (1993); de María

Pilar Celma, *La pluma ante el espejo (visión autocrítica del fin del siglo)* (1989); de Iris M. Zavala, *Colonialism and Culture, Hispanic Modernism and the Social Imaginary* (1992); de Gilbert Azam, *El modernismo visto desde dentro* (1990); de Lily Litvak, *Modernismo, anarquismo y fin de siglo* (1900); de José M.^a Anguita y José Carlos Mainer, *Literaturas regionales* (1994); de José L. Abellán, *Sociología del 98* (1997)..., son algunos de los interesantes libros que conviene no perder de vista para entender las crisis de final de siglo en todas sus dimensiones.

El Prof. José L. Abellán, de la Universidad Complutense de Madrid, titula su conferencia: *El nacionalismo casticista del 98* y afirma que el «nacionalismo español» es una expresión tardía, débil, apoyada en elementos románticos, sin sustrato social que la potencie, porque realmente en España no hubo una burguesía ilustrada base de aquel Estado. Se levanta Unamuno («En torno al casticismo») contra la endogamia exclusivista, casticista, individualista desahogada, que no entiende que *casticismo* viene de *casto*, *puro*, *auténtico*, *originario*, y eso corresponde a lo más universal, a aquello que pertenece a la *naturaleza humana*, a aquello que nos une a todos los seres humanos y nos dignifica como tales: «Sólo lo humano es castizo».

Hay, pues, que romper los estereotipos casticistas y folklóricos, dice D. Miguel. «El amor al campanario sólo es válido cuando nos une al amor a la Humanidad». En la intra-historia, en aquello profundo que constituye nuestro ser más genuino, encontramos nuestra fuerza para ir hacia adelante, mirando el pasado, pero no como algo muerto, sino como algo dinamizador. «Hay que abrir las ventanas para que se nos ore el suelo patrio».

El *nacionalismo español*, absurdo, narcisista, inane, «sin razones», explica Abellán, es un producto más tardío, es una reacción «a la española» contra el positivismo europeo, es un giro radical que defiende la «España eterna», el «¡noli foras!», la actitud desconcertante que predica el aislamiento, que no sabe ver los posibles ventajas que ofrecía el régimen de la Restauración; es llegar, en definitiva, a lo que luego se va a llamar la «tibetanización» de España», el «reaccionarismo nacionalista y exaltador» que tantas repercusiones va a tener en nuestro país durante el régimen de Franco. En España, sigue el Prof. Abe-

llán, no ha habido un nacionalismo fuerte, amplio, generoso, bien fundamentado, que sea capaz de englobar el hecho multinacional español con normalidad, sin exclusiones ni descalificaciones. Tal vez, ahora, a punto de entrar en el siglo XXI, debemos intentarlo definitivamente. *Ángel Ganivet en el horizonte de fin de siglo* es el título de la conferencia pronunciada por el Prof. Emérito de la Universidad de Bonn, Rafael Gutiérrez Girardot. Ganivet representa para él un pensamiento «conservador, nostálgico, poético». Realiza en el *Idearium*, dice Girardot, un examen desapasionado y objetivo del Desastre del 98: «Su yo era sereno y modesto». Defiende Ganivet valores como la fraternidad, el respeto a la mujer, la tolerancia, las relaciones personales en el trabajo manual, eliminando la división del trabajo que crea desorientación y malestar (Marx = Alienación). Con un claro planteamiento conservador ante el progreso de la modernidad, cree el escritor granadino que es el «espíritu de la tierra» el concepto más hondo y decisivo.

En España predomina la *comunidad* sobre la *sociedad* (Europa). El soldado español va a la guerra con decisión, con espíritu combativo si se ve acompañado del calor de miles de hombres, pero tiene poco que hacer en la guerra moderna de trincheras, normativa, mecánica... Con una mirada llena de romanticismo «descubrió territorios» que no fueron captados entonces. Después («movimientos partisanos», Varsovia, Vietnam...) sí se va a comprender esta actitud del soldado español que desafía a un ejército bien estructurado y pertrechado. El «espíritu territorial» es el motor de ese ejército, que representa el carácter individual frente a la fría mecánica.

Hay, pues, curiosamente, en Ganivet, una crítica bastante reaccionaria a la avalancha de técnica y progreso, pero, por otra parte, también aparecen en él ciertas ideas muy actuales, como la de poner límites al cientifismo exacerbado con la consiguiente pérdida de los valores humanos que él defiende.

El Prof. García Lara, de la Universidad de Almería, habló de *Ángel Ganivet a la luz de su epistolario inédito*.

Ya en sus *Cartas* aparece la epifanía de su personalidad, la historia de su alma. En sus *tres epistolarios* se plantean ya grandes problemas y en ellos se puede rastrear la historia vital de Ganivet. En las *Cartas*

(algunas, como *Cartas Finlandesas*, verdaderas joyas literarias) encontramos la raíz de otros géneros literarios; en ellas se asoma a la realidad circundante, al momento histórico en el que vive. Hay cartas familiares en las que aparecen pequeñas censuras, supresión de algunas cosas que la familia no quiere que se hagan públicas. Existe un *epistolario inédito*, en el cual está trabajando García Lara en estos momentos.

Aunque el estilo de las *Cartas* cambia según estén dirigidas a amigos granadinos, a Navarro Ledesma, a su madre o a su hermana..., en todas ellas late un *profundo pesimismo*, una honda desazón y contradicción a la que no va a encontrar salida: «Tocado de muerte de su propia alma».

Al no poder acudir, por indisposición, Pedro Laín Entralgo a dictar la conferencia de clausura, fue el Prof. Pedro Cerezo Galán el encargado de poner broche final a las Jornadas con una magnífica exposición *en torno a las relaciones intelectuales entre Unamuno y Ganivet*, partiendo de la correspondencia abierta entre estos dos escritores.

Aunque se habían conocido en las oposiciones a cátedra que ambos preparaban, la relación no se había consolidado. Poco a poco, a través de sus cartas y comentarios, se va fraguando la amistad, haciéndose más fuerte y sólida. Cuando Unamuno lee *Granada la bella*, dice: «Es lo más vivo, lo más bello que Ud. ha escrito».

Reconoce Unamuno en el granadino, «alta roca en medio del pantano español, una honrada sinceridad». Le parece Ganivet un hombre nuevo, con un talante crítico, con el que se pueden emprender empresas necesarias para el porvenir de España. Hay en él un claro «fermento de renovación espiritual». Bajo el friso envolvente de *En torno al casticismo* y del *Idearium español*, deciden ambos intercambiar cartas abiertas, contestarse públicamente.

No son *motivaciones interesadas y deleznable*s (fama, «estar en el candelero...»), dice Cerezo, las que mueven a los dos escritores a tomar esta decisión, sino que ambos, con *premisas teóricas diversas*, con *sentimientos diferentes*, se mueven al unísono con el único objetivo de conseguir la mejora moral e intelectual de nuestro país. Ganivet es más árabe y pagano que Unamuno, y éste piensa de él que el granadino es un hombre genial al que le falta método, disciplina: «Tenía poca agua

en su noria porque conocía poco y acabó comiéndose a sí mismo». Ganivet, por contra, piensa que Unamuno es un talento sin genio, «sabía de todo pero le faltaba, tal vez, la chispa genial». Ambos, dice Cerezo, son «dos pensadores sentidores», «robinsones vivos que procuran hacer *el viejo nuevo pueblo*».

Ambos presentan *afinidades en el diagnóstico de lo que ocurre*: Alma desgarrada y disociada de España, abulia, debilitación del sentido integrador, marasmo..., pero también ofrecen *discordancias fundamentales* al hablar, por ejemplo, del «intrahistoria» (Unamuno) y de «espíritu territorial (Ganivet). Unamuno, más en una línea romántica habla de «lo eterno en la historia», aboga por un nuevo rumbo de España, cosmopolita, nada tradicionalista, abierta al mundo; el alma del pueblo, el fondo vivo y popular servirá para fundar un nuevo ciclo en la historia y para ponerse en común con todos los pueblos del mundo.

Ganivet, por su parte, se apoya en la mejor tradición, en el «territorio», en el mundo en el que se está viviendo, en la «circunstancia». Unamuno aparece como un materialista histórico heterodoxo, por lo que da primacía a la base económica de la vida: La idea está enajenada en la materia. El progreso determina las formas de vida, aunque hace una excepción con la religión. Ganivet, idealista empedernido, cree que el poder político es flor de un día y las ideas «redondas» (si son «picudas» son estériles) permanecerán a pesar de las circunstancias materiales y lograrán que florezca el trigo «en flor de harina» la flor de harina. ¿Por qué, replica a Unamuno, hace una excepción con la religión en ese planteamiento materialista? ¿Por qué no es consecuente y da a *todas* las creaciones humanas un fundamento material?

Por otra parte, Ganivet aparece dentro de la tradición senequista, árabe, que exalta a la vez la idea y la sensibilidad, mientras que Miguel de Unamuno estaría dentro de un humanismo materialista, ilustrado, racionalista, duro, hecho por la Ciencia y el trabajo, contra toda sabiduría mística. Unamuno afirma que a más idealismo, más violencia. Ganivet le responde con dureza: «Hay mucha violencia en el progreso, como base de evolución de los pueblos, que en el idealismo; Europa ha colonizada violentamente a otros pueblos con la excusa del progreso.

Pasando a una tercera cuestión, Unamuno ataca el moralismo senequista de Ganivet, desde su postura de «cristiano evangélico desteñido»: Hay que «despaganizar» el mundo y «descatolizar» el cristianismo pasado por el racionalismo escolástico. No cree, sin embargo, Ganivet que el auténtico cristianismo (Francisco de Asís) sea el que defiende Unamuno, porque el cristianismo es pobreza y no ideología socialista ni peligroso progreso. El socialismo es incompatible con el cristianismo, dice el granadino: ¡Antes de enriquecer a una nación hay que ennoblecerla!

Finaliza el Curso. Los participantes en él, satisfechos, nos dispersamos por los caminos de España. Hemos reflexionado juntos, hemos convivido en armonía durante unos días en un clima de verdadera amistad y de intercambio de pensamientos y sentimientos. Hemos proyectado un poco más de luz sobre la compleja personalidad de Ganivet y de los hombres del 98, de tal forma que su fulgor aún nos pueda servir para iluminar el futuro incierto, pero esperanzado. Objetivo cumplido. ¡Adiós, bella Almuñécar! ¡Hasta siempre!

JOSÉ L. ROZALÉN MEDINA
Catedrático-doctor en Filosofía
y CC. de la Educación.
Miembro de la Asociación
de Hispanismo Filosófico